

Daniel y Jacqueline

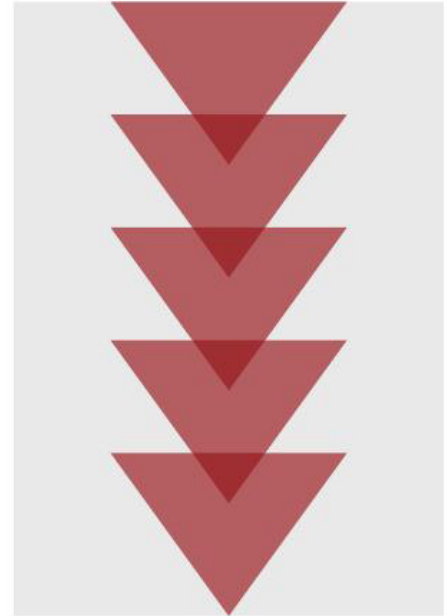
CORAL AGUIRRE

La relación entre la vida y la muerte es la misma que existe entre el silencio y la música, el silencio precede y la música sucede.

Daniel Barenboim

Al igual que la pareja de Jane y Paul Bowles, Jacqueline du Pré y Daniel Barenboim, están signados por un devenir semejante. Jane, la escritora, a causa, supuestamente, de una lesión cerebral, y Jacqueline, la violonchelista, por una esclerosis prematura, ambas en el apogeo de su capacidad creadora se paralizan poco a poco; se paran las manos de Jane sobre el teclado de la máquina de escribir, se cae la pluma entre sus dedos, se atrabanca la lengua en su paladar, mientras que a Jacqueline le rebota el arco sobre las cuerdas, tiembla la muñeca en el cambio de posición, se pierde el meñique en el portato.

Cuál es el dios que las convoca a esta hecatombe, ¿la excelencia de Paul Bowles en las letras y de Daniel Barenboim en la música? Así pensaba yo hace un tiempo, como si los logros de cada uno de ellos hubieran inmovilizado tanto a Jane como a Jacqueline. Ahora, a medida que ahondo en las fábulas de las parejas creadoras me asisten cada vez menos certezas. Por lo tanto prefiero acercar al lector el material de tal modo, que él mismo saque las conclusiones que más le gusten.



Tanto Daniel como Jacqueline son niños prodigios, se presentan en público en grandes conciertos a la edad de diez, doce años. Ambos provenientes de hogares acomodados reciben formación de lujo en el campo de la música. Para Jacqueline: Tortelier, Casals, Rostropovich, y para Daniel: Furtwängler, Nadia Boulanger, Klemperer, entre muchos grandes maestros más. Su infancia es suntuosa. Ella, nacida en Inglaterra, él, judío nacido en Argentina, y residente en Israel a partir de su segunda década de vida, hacen giras, se presentan en concursos, ganan premios, son condecorados y se encuentran en una de sus tantas idas y venidas por los más afamados escenarios de la música internacional. Jacqueline tiene 21 años y Daniel 24. Se casan al año siguiente, en 1967.

Es de un esplendor rara vez vislumbrado en términos de tanto disfrute y excelencia juntos, el video de Christopher Nupen La Trucha, donde uno asiste casi en éxtasis al estallido de la juventud hecha canto a través de las imágenes de los cinco integrantes del quinteto de Schubert. Allí se escucha la carcajada de Jacqueline junto con los acordes de su violonchelo, el deslizarse de las manos de Daniel sobre el piano y la picardía en la complicidad de los ojos que se cruzan con los de Pinkas Zukerman, de Itzhak Perlman, de Zubin Mehta en el contrabajo, y de una manera oculta, éste último en su rol de director. Por eso se los ve a todos girando siempre en la dirección de su poderoso arco. Apenas sobrepasan los veinte años. Ensayan para su concierto que les produce más risa que miedo y

donde la responsabilidad se ejerce en el juego del tú y yo tácito. El video concluye con La Trucha frente al público. Ellos guardan la inocencia de los ensayos y continúan siendo los cómplices secretos de los sonidos de Schubert. De modo íntimo eran los años en que los cinco se proclamaban a sí mismos como La mafia musical judía.

Alrededor de esta época Jacqueline ya se había consagrado definitivamente con la versión del concierto de Elgar dirigida por Sir John Barbirolli en el Carnegie Hall. Pocos años después retoma el concierto bajo la dirección de su esposo Daniel. El estallido de vida que presupone la primera versión se opaca en esta segunda donde se la percibe más atenta a la mirada de Barenboim que a los sonidos provenientes de su instrumento, que debieran abstraerla. Al menos esa es la impresión que

me ha quedado a causa de la cámara, indiscreta cámara, que panea sobre la expresión de su rostro en uno y otro concierto. Dos rostros, dos maneras. Hay euforia en el primero y obstinación en el segundo. ¿Crecimiento? Al igual que Lou Andréas Salomé, Jacqueline decía que lo único que le interesaba era ser feliz. La felicidad por encima de la música y la fama. No aspiraba a ninguna perfección como objetivo de vida. Desde su infancia, luego su adolescencia y durante sus años juveniles, ella juega, goza, se alegra, y su chelo es el juguete con el que más se divierte.

Por su parte si algo se percibe en el carácter de Daniel, es una denodada aspiración a ofrecer la obra perfecta. Y, con el tiempo, se inclina cada vez más del lado de la dirección orquestal, sin dejar de ser nunca el intérprete ideal de Mozart y Beethoven en el piano. Juntos acometen diversas aventuras con música de Brahms, Dvorak, Bocherini, sonatas, conciertos, música de cámara al por mayor. Y en 1971 cae el rayo sobre sus cabezas, como cae el arco de las manos de Jacqueline. Ella ha cumplido 26 años.

Los años felices dan lugar a los años oprobiosos, los de la calumnia y la infidelidad, la incompreensión y el horror. También llegan los años en que las últimas grabaciones de Jacqueline du Pré son desdeñadas por los



conocedores. No compre versiones que sean posteriores a 1971. Duele corroborarlo.

Jacqueline se propone aventuras más discretas como la enseñanza, grabaciones de obras menos desafiantes. Daniel la acompaña en cada paso que da. Las fotografías y los videos dan cuenta de ambos, él, amoroso, empujando la silla de ruedas de la que ella se desprende cada día menos, ella, intentando todavía sonreír. Seguramente antes de esta instancia sucede la infidelidad con el esposo de su hermana Hilary, Kiffer Finzi, creo que también director de orquesta. Qué se puede pensar,



zarpazos desesperados por asir la vida, el mundo, que se le escapa en cada aliento. ¿La condenaría Daniel, lo haría Hilary? Ambos coinciden en que lo admiten por el nivel depresivo de Jacqueline y con la esperanza de evitar su suicidio; incluso Finzi señala lo mismo.

Los años transcurren tan pesados como la misma suerte que le ha tocado a la pareja de músicos. Daniel no es un héroe forjado en bronce. Se relaciona con la pianista Elena Bashkirova y se

instala con ella en París, mientras Jacqueline agoniza. Pese a ello permanecerá a su lado hasta el momento final. Por fin Jacqueline muere en octubre de 1987 y poco después Daniel se casa con Elena con quien gestará dos hijos.

Antes de la aparición del libro de la hermana de Jacqueline, *Un genio en la familia*, llevado al cine en 1998 por Anand Tucker con el título de *Hilary y Jacquie*, y tras la muerte de Jacqueline, hubo una suerte de tendencia a satanizar a Daniel Barenboim como su verdugo, el que la llevó a la desesperación y a la agonía. Sobriamente, Hilary, desarma quizás con demasiada economía esta impresión colectiva.

También como en el caso del suicidio de Silvia Plath cuyo acto condena a su ex esposo Ted Hughes, con la muerte de la du Pré, no terminan los escándalos que rodean a Daniel: primero acusado por todos, luego perdonado por su familia política y por fin, poco después de la publicación del libro de su cuñada, la opinión dada a conocer por sus sobrinos políticos al acusar a su madre y señalar que fue su mismo padre el que se aprovechara de Jacqueline y su estado depresivo para halagar su propio ego.

Luego que el organismo de Jacqueline se erosionara hasta la aniquilación total, su compañero Daniel se forja un destino, una misión, o un andar más rico que la misma música. No se ata a los sonidos, sino que ellos le permiten ir más lejos para encontrar el mundo. Y el mundo está en guerra, es diverso, no acepta al otro. Por lo tanto él, de a poquito, se observa y observa, se da cuenta que es argentino y que el tango le suena a infancia. Admite otro destino más humilde para su música, graba un video donde aparece con Salgán, ya viejito, reconoce su profunda admiración por Piazzolla, por Ginastera, y más tarde incursionará en la bossa nova y el jazz en dos grabaciones de antología.

Por los mismos tiempos advierte que no le gusta que a Wagner se lo prohíban en concierto cuando dirige en Israel, e impone libertades a su dirección decidiendo estrenar Wagner en Tel Aviv. También comienza a mirar del lado de los palestinos y no ve

nada justo cómo los fuertes se comen a los débiles. Con su amigo Edgard Saïd de iguales preocupaciones y semejantes esperanzas crea una fundación para promover la paz en Medio Oriente. El dolor, la experiencia del dolor siempre provee primicias.

Daniel no ceja, se obstina en crear un organismo musical conformado por árabes e israelíes. Así funda la Orquesta Diván occidental-oriental con israelárabes. Ante cada una de sus acciones, el gobierno israelí tiembla, con Wagner quieren repudiarlo, hay aplausos pero muchos más silbidos. Poco después el mismo gobierno lo honra con una condecoración por sus aportes a la cultura musical del país. Sin embargo, la responsable de cultura en el mismo acto de honrarlo, lo acusa, puesto que Daniel, muy orondo él, a la hora de recibir la condecoración, subraya su desacuerdo con la política de guerra del Estado israelí. Tiene que abandonar el recinto donde unos minutos antes se le honraba.

Hoy, ahora en 2008 un diputado ortodoxo de ese mismo gobierno ha declarado que habría que quitarle su pasaporte israelí porque, increíble Quijote moderno, Daniel Barenboim ha decidido ser también ciudadano palestino. Y ha recibido sus credenciales que según sus propias palabras “Es para mí un gran honor que se me ofrezca un pasaporte palestino”.

A pesar que sus logros musicales son inmensos, sus condecoraciones, sus premios, sus órdenes vitalicias en las mejores orquestas del mundo, su inefable Mozart, sus master clases, sus nombramientos, la contribución invalorable que ha hecho a la música contemporánea, a la música de cámara, a la música sinfónica, me quedo finalmente con dos impresiones que quizás puedan ofrecer el tamaño de su humanidad. Una es pública, la otra es íntima y personal, ambas están al alcance del lector.

¿Acaso me he olvidado de la pareja? ¿No se trataba de Daniel y Jacqueline? Creo que en toda vida hay una articulación secreta que va de una a otra cosa. La lenta agonía de Jacqueline quizás proveyó a su compañero de una mirada que se instaló sobre los hechos del mundo y del ser humano, de otra manera.

Vayamos a las imágenes. La primera, el concierto en Ramallah en el año de 1999. Suena la quinta sinfonía de Beethoven, el escenario está poblado por rostros que me dicen ser todos semitas. Son israelíes y palestinos. En el centro, Barenboim baja la batuta y gira hacia el público. La ignorancia del otro es la base de casi todos los problemas. Reconocer ese otro es la tarea de la orquesta que se ha reunido para dar un concierto en la zona más violenta y cruel de nuestros tiempos. Vuelvo a los rostros, no tienen más de 22, 23 años, no sé si tienen esperanzas cuando han dejado de tocar. Muchos de ellos expresan miedo, pero Daniel los ha comprometido a ser hermanos de una vez y para siempre.

La otra imagen es auditiva, Barenboim toca al piano, “Mi Buenos Aires querido”, una grabación fácil de encontrar en México.